

didatura. Por fin le despaché con cierta severidad, porque *à tout jamais* no podía ni debía aceptar semejantes compromisos. Le dije naturalmente que nada había recibido todavía, y puesto que recibía él las noticias de París y de Madrid antes que yo, bien veía que mi gobierno no había entrado para nada en el asunto. S. M. ha recibido desde entonces una carta del príncipe. Como S. M. ha dicho al conde Benedetti que esperaba noticias del príncipe, ha resuelto, en vista de la anterior exigencia, así como del informe del conde Eulenburg y del mío, no volver á recibir al conde Benedetti, sino mandar le á decir por un ayudante que S. M. acababa de recibir del príncipe la confirmación de la noticia que ya Benedetti había recibido de París, y que no tenía nada más que decir al embajador. S. M. somete á la consideración de V. E. si la nueva exigencia de Benedetti y la negativa suya debe participarse á nuestros embajadores lo mismo que á la prensa.»

«Después de examinar repetidas veces el documento, dice Bismarck en sus memorias, hice hincapié en la autorización que envolvía el encargo de S. M. de participar la nueva exigencia de Benedetti y su negativa así á nuestros embajadores como á la prensa. Dirigí á Moltke algunas preguntas referentes al grado de confianza que le merecía el estado de nuestros armamentos y el tiempo que se necesitaría aún para terminarlos, en vista del súbito peligro de guerra. Me contestó que en el caso de que la guerra fuese inminente, no nos ofrecería ninguna ventaja el diferirla; y aun en el caso de que por de pronto no fuésemos suficientemente fuertes para proteger en seguida todos los territorios de la orilla izquierda del Rin contra la invasión francesa, muy pronto nuestros preparativos de guerra sobrepasarían á los de los franceses; mientras que en un período más lejano quedaría disminuida esta ventaja. En resumen, creía más ventajoso para nosotros el que la guerra estallara pronto que el que se difiriera.»

»Ante la actitud de Francia, el sentimiento del honor nacional nos obligó, á mi entender, á la guerra; y si no hubiéramos dado oídos á las exigencias de este sentimiento, perdíamos, en el camino emprendido para realizar nuestro desarrollo nacional, toda la ventaja ganada en 1866, y hubiera vuelto á entibiarse aquel sentimiento vigorizado por nuestros triunfos militares de dicho año en el Sur del Mein, como lo demostraba la asiduidad de los Estados del Sur en buscar diversas alianzas.» Bismarck opinaba que la guerra sólo podía evitarse á costa del honor de Prusia. «Con esta convicción, añade, hice uso de la autorización real, transmitida por conducto de Abeken, para publicar el contenido del telegrama, y en presencia de mis dos convidados reduje su contenido mediante tachaduras, sin añadir ni cambiar una sola palabra, á la siguiente fórmula:

«Después que la noticia de la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern se ha comunicado oficialmente al gobierno imperial francés por el gobierno español, el embajador francés en Ems ha dirigido todavía á S. M. el rey la demanda de que le autorizase para telegrafiar á París que S. M. el rey se comprometía en lo venidero á negar su consentimiento en el caso de que los

Hohenzollern volviesen á presentar su candidatura. En vista de esto, S. M. el rey se ha negado á volver á recibir al embajador francés, habiéndole hecho decir por un ayudante de servicio que S. M. no tenía nada más que participar al embajador.» La diferencia en el efecto que debía producir el texto extractado del telegrama de Ems y el que hubiera producido el texto original no era debida á la adición de palabras más fuertes, sino á la forma, que hizo que esta manifesta-



El general Roon, ministro de la Guerra prusiano

ción pareciese más concluyente; mientras que la redacción de Abeken sólo hubiera parecido un fragmento de una negociación pendiente y que tenía que continuar en Berlín.»

Después de haber leído Bismarck á sus dos convidados la condensada redacción, observó Moltke: «Así suena de otro modo; antes sonaba como una simple llamada, ahora como un toque de guerra contestando á una provocación.» El canciller añadió: «Si yo, cumpliendo las órdenes de S. M., comunico inmediatamente este texto, que no contiene ningún cambio ni ninguna añadidura al telegrama, no solamente á los periódicos, sino también por telégrafo á todos nuestros embajadores, será conocido antes de media noche en París y producirá allí, no sólo por su contenido, sino también por el modo de propagarlo, la impresión que un trapo rojo causa en el toro. Hay que pelear si no queremos aceptar el papel de vencido sin lucha. Pero el hecho depende esencialmente de las impresiones

que en unos y otros produzca el origen de la guerra; es de importancia el que seamos nosotros los atacados, y lo seremos á causa de la presunción y de la irritabilidad galas, si proclamamos *públicamente en Europa*, y hasta donde nos sea posible sin intervención del *Reichstag*, que aceptamos sin temor las públicas amenazas de Francia.»

En la mañana del 15 llegó Benedetti á París y tomó parte en un consejo de ministros que se celebró antes de la sesión de la Cámara. A pesar de haber declarado después explícitamente que en Ems no hubo ni ofendido ni ofensor, parece no haberse opuesto á que se interpretara como una ofensa la comunicación del telegrama famoso. El emperador firmó los decretos y proyectos de ley necesarios para la movilización. El gobierno pidió á la Cámara un crédito de cincuenta millones para el ejército y diez y seis para la armada, y se hizo autorizar para poner la guardia móvil en servicio activo y hacer enganches voluntarios durante la guerra. Con estos proyectos fueron Ollivier y la mayor parte de los ministros al cuerpo legislativo, y Gramont, Leboeuf y Rigault de Genouilly al Senado.

En la declaración que leyeron Gramont y Ollivier se recordaban los hechos. El rey de Prusia, decían los ministros, había aprobado la renuncia del príncipe, pero se había negado á dar una promesa para el porvenir y se había reservado el derecho de proceder en todos los casos según las circunstancias. Por más que esto pareciera injusto al gobierno, no había roto las relaciones por amor á la paz y había aplazado hasta aquel momento dar á las Cámaras explicaciones. Por la misma razón había sido grande su asombro cuando supo el día antes que el rey de Prusia había hecho decir por su ayudante de servicio al embajador francés que no le recibiría más, y que el gobierno prusiano, para dar á este desaire un carácter muy positivo, lo había comunicado oficialmente á los gabinetes europeos. Al mismo tiempo se había sabido que el barón de Wérther había recibido orden de partir con licencia, y que en Prusia se estaban haciendo armamentos. Hacer en estas circunstancias nuevas tentativas para conseguir un arreglo, habría sido una falta de dignidad y de prudencia. El gobierno no había omitido nada para evitar la guerra; pero impuesta á la fuerza, la sostendría, dejando á cada parte la responsabilidad que le correspondía. «Desde ayer hemos llamado á nuestras reservas, y con vuestro apoyo tomaremos inmediatamente las disposiciones necesarias para proteger los intereses, la seguridad y el honor de Francia.»

Esta declaración fué recibida por la mayoría del cuerpo legislativo con grandísimo aplauso. El centro izquierdo calló, y sólo la oposición expresó vivamente su indignación. Se votó la urgencia de los proyectos del gobierno é inmediatamente se discutieron. Thiers dijo que la vida de millares de personas y la suerte de la patria dependían de las decisiones que iban á tomarse, y que era obligación de la Cámara oír á todo ciudadano que no estuviese convencido, aunque sólo fuese uno y el más humilde, pues la exigencia principal de Francia

estaba cumplida y sólo se trataba de una cuestión de forma, por la cual se quería derramar ríos de sangre. «Yo pido aquí ante el país que se nos dé conocimiento de los despachos que han originado esta declaración... que es una declaración de guerra... Yo creo esta guerra en alto grado imprudente. Nadie ha sentido con más dolor que yo los sucesos de 1866, y nadie desea tan vivamente como yo poderlos deshacer; pero encuentro la ocasión malísimamente escogida.» La derecha trató al orador de partidario servil del extranjero. Thiers replicó: «Podéis insultarme, maltratarme, estoy dispuesto á todo para defender la sangre de mis compatriotas... No me da cuidado mi buen nombre; pero vendrán días que os harán arrepentir de vuestra precipitación.»

Ollivier repitió que el ministerio no había buscado la guerra, pero que no podía aceptarse el ultraje, que consistía en haber anunciado Bismarck á los gabinetes que el rey se negaba á recibir al embajador de Francia. Entonces Julio Favre y Gambetta, apoyados por la izquierda, pidieron que se leyera el despacho, y Ollivier leyó las comunicaciones enviadas por los embajadores franceses de Berna y de Munich, diciendo como conclusión: «¿Podíamos nosotros aguantar esto? Sí, hoy empieza para mis colegas y para mí una gran responsabilidad. (Voces en la izquierda: ¡Naturalmente!). Nos encargamos de esa responsabilidad con corazón ligero.» A estas palabras se levantó la izquierda como empujada por un resorte; Ollivier comprendió que se había servido de una expresión mal escogida, y queriendo rectificar, dijo que se refería á la tranquilidad de la conciencia, que de nada acusaba á los ministros. Mientras vivió Ollivier, quedó adherida á su nombre esta frase: *corazón ligero*. También leyó el telegrama de Benedetti que comunicaba la declaración del rey aprobando la renuncia del príncipe Leopoldo, lo cual produjo una nueva tempestad. Thiers, Arago y Grevy gritaron al ministro: «Si ahora emprende la guerra, diga que la quiere á toda costa. Europa nos atribuirá la culpa. No hay ni la más pequeña apariencia de que Prusia renueve esta candidatura.» La derecha contestó con igual violencia y gritó á Thiers: «Mancháis vuestras canas; se necesitarían muchos batallones prusianos para causar á Francia el daño que la habéis causado.» Gramont, que entretanto había llegado del Senado, habló con calor del ultraje que se había hecho á Francia y dijo: «Si se hiciera lo que es imposible, y se encontrara una Cámara que soportara esto, no continuaría yo cinco minutos en mi cargo de ministro.» No obstante, el ánimo de los diputados empezó á oscilar, y en los centros se confesó que los despachos leídos por Ollivier eran relatos de agentes franceses que daban cuenta de un ultraje prusiano, pero no citaban el documento que contuviera este ultraje. También se levantó Buffet para pedir la presentación de los documentos como cosa indispensable; pero la mayoría permaneció fiel al ministerio y rechazó por ciento cincuenta y nueve votos contra ochenta y cuatro la presentación de los despachos. Se suspendió después la sesión hasta las seis de la tarde y se encargó el examen de los proyectos del gobierno á una comisión, ante la que Leboeuf aseguró que llevaba de ocho á diez

días de ventaja al enemigo, y que estaba perfectamente preparado para la guerra, sin que faltara al soldado ni un botón en las polainas. Gramont eludió la contestación á la pregunta de si el gobierno había contraído alianzas, diciendo solamente que había hecho aguardar un poco á la comisión porque había recibido la visita del embajador austriaco y del italiano, y que esperaba que se contentarían con esta respuesta.

Serían las diez de la noche cuando se reunió la Cámara para oír el dictamen de la comisión. Gambetta volvió á pedir la comunicación del despacho prusiano, diciendo: «Vais á precipitar á Francia en una guerra que durará quizás hasta el fin del siglo XIX y que podrá tener por resultado la preponderancia del pueblo alemán ó del francés, y os negáis á presentar con claridad el origen de esta empresa gigantesca. Priváis á Francia y á Europa de los medios de saber si Francia ha sido ó no ultrajada positivamente.» Gritaron los miembros de la comisión, acallando la voz del orador, que ellos ya conocían aquel documento, que lo habían leído, y Ollivier dijo con desprecio que se asombraba de lo difícil que era hacer comprender á cierto partido un punto de honor. La mayoría ahogó toda discusión ulterior, y por doscientos cuarenta y cinco votos contra diez (cinco diputados se abstuvieron de votar) fueron concedidos los cincuenta millones que se pedían. Gambetta y Thiers votaron al final con la mayoría; pero Julio Favre, Grevy, Pelletán y Arago se mantuvieron firmes y negaron su voto. Contra los otros tres proyectos del gobierno votó únicamente Glais-Bizoin.

En el Senado se discutió la declaración de guerra sin incidentes. Cuando Gramont hubo leído la comunicación del gobierno y se hubieron calmado un poco las manifestaciones de entusiasmo y de aplauso, levantó Rouher la sesión «en testimonio de las simpatías ardientes del Senado en favor de las resoluciones del emperador,» diciendo que á la sazón tocaba cumplir su deber á la espada de Francia. También se aplazó para el día siguiente la sesión de la comisión en la cual debían examinarse los proyectos de ley del gobierno. En esta sesión anunció Gramont que según un despacho de Thionville habían pasado tropas prusianas la frontera cerca de Sierck, y aunque la noticia no era oficial, la aprovechó Rouher en su comunicación, diciendo: «Verdad ó no, siempre prueba este parte que ha pasado el tiempo de las discusiones.» El Senado confirmó este modo de ver aceptando sin debate los proyectos presentados y pasando luego en corporación á Saint-Cloud para presentar al emperador la expresión de su sumisión y lealtad. Rouher, dirigiéndose al soberano, dijo: «Las garantías que tuvimos que exigir nos han sido negadas; la dignidad de Francia ha sido despreciada; V. M. desenvaina la espada, y la patria, temblando de indignación y de orgullo, se pone al lado de V. M. Más tarde ó más temprano, una ambición sobreexcitada por un día de suerte había de permitirse extralimitaciones. El emperador, resistiendo toda impaciencia irreflexiva, ha sabido esperar; pero desde hace cuatro años viene perfeccionado el armamento de nuestros soldados hasta el último grado y ha desarrollado nuestra fuerza militar

hasta donde ha sido posible. Gracias á la previsión de V. M., Francia se halla enteramente apercebida y demuestra con su entusiasmo que está decidida, como V. M., á no tolerar empresas temerarias.»

Faltaba todavía probar que el país estaba tan entusiasmado y resuelto como decía Rouher. En París y en todas las grandes ciudades hubo manifestaciones apasionadas del espíritu guerrero y del odio á los alemanes; la embajada de Prusia en la capital y los consulados en las ciudades de provincias, se hallaban rodeados por grandes masas; en la prensa, en las reuniones, en las vías públicas y en el teatro no faltaban explosiones de patriotismo y de ilusiones de triunfo y de victoria; pero las relaciones de los prefectos presentaban las cosas de otra manera. Sólo pudieron anunciar que en dieciséis departamentos el espíritu de la población era favorable á la guerra; de treinta y siete departamentos decían que la población estaba indecisa, y nada menos que en treinta y cuatro departamentos los habitantes aceptaban la guerra con sentimiento. Claro es que entonces era demasiado arriesgado mostrar ideas contrarias á las ruidosas manifestaciones de los bulevares y á las retóricas de las Camaras; por esto Francia presentó un espectáculo de opinión pública tal como lo quería la prensa de París, que llegó adonde era posible en materia de patrióticas, pero muy peligrosas exageraciones.

El emperador debió de considerar útil ó necesaria esta sobreexcitación de la opinión, pero no participó de las esperanzas de los que creían que se trataba de una guerra de seis semanas ó de «un paseo á Berlín.» Miraba el porvenir con seriedad y hasta con temor. Su salud era entonces otra vez muy delicada, tanto, que el día que se supo la candidatura del príncipe de Hohenzollern, es decir, el 3 de julio, se había celebrado una consulta de médicos que creyó necesaria una operación. Sólo sufriendo grandes dolores podía sostenerse durante horas á caballo, y la campaña que le esperaba le prometía horas y días de padecimientos. Hay que reconocer que el mal estado de su salud perjudicaba á su claro entendimiento y á su fuerza de voluntad, porque en los últimos días se le habían arrancado más de una vez resoluciones, que en otros tiempos habría meditado con más detenimiento. Debe absolverse al emperador de la acusación de haber querido y buscado la guerra desde el principio del conflicto, pues de la exposición de los sucesos se infiere que titubeó hasta el último momento y que su afán consistía en obtener un triunfo diplomático ruidoso sobre Prusia. Aun así fué grande su culpa, porque para obtener este triunfo empleó desde un principio las amenazas belicosas. Ollivier aun la deseó menos que el emperador, pues toda su ambición consistió en conseguir el deseado triunfo diplomático ruidoso y consolidar la posición del ministerio; de modo que se puede afirmar que fué sincera su alegría cuando el príncipe de Hohenzollern le facilitó con su renuncia un cambio de actitud en sentido pacífico. Los que verdaderamente excitaban á la guerra, eran los adversarios del ministerio del 2 de enero, que no quisieron dejar escapar ninguna ocasión favorable para ser llamados al